

miento escusarnos la corta retribucion convenida; pero hubiera sido vergonzoso para mí abusar de su cariño, mayormente cuando á la buena señora tampoco la sobra nada. Por consecuencia queda probado, señorita, que puedo disponer de algun sobrante sin faltar á mis preciosas obligaciones, entre las cuales tengo por una de las primeras terminar esta visita empezada tan á deshora y ofrecerme á su disposicion como seguro servidor.

Al decir esto se levantó, y dejando los cinco duros sobre el asiento de la silla hubiera en breve abierto la puerta por su mano á no detenerle la voz de Cármen.

—Pero, señor, resérvese vd. al menos alguna parte de esta cantidad para sus necesidades de jóven.

—No tengo ninguna, señorita, pues no cuento como necesario ni gravoso fumar algun cigarrillo.

—Sea como vd. quiere. Es tan agradable para un alma generosa socorrer á dos pobres mujeres abandonadas de todo el mundo, que no debo poner nuevos obstáculos á la satisfacción que debe resultarle. Unicamente le ruego nos participe su nombre para bendecirle y vuelva alguna otra vez á recibir de mi madre las pruebas de gratitud á que se juzgará obligada.

—He venido en nombre de Dios, contestó el jóven, por consiguiente á Él solo pertenece apreciar mi conducta. Volveré mañana temprano acompañado de un escelente médico, amigo de mi padre, que prestará sus cuidados á la enferma con celo y desinterés. Siento no poder acompañar á vd. en los desvelos que la impone su amor filial, pues esto diera motivo á la murmuracion; pero cuando mi tia sepa la obra piadosa que vd. desempeña no tardará en aliviarla. En tanto se tiene por dichoso Arturo Salvatierra en ofrecer á vd. sus respetos y amistad.

Todo se verificó segun los deseos del benéfico escribiente. El doctor amigo de su familia asistió á doña Paz con un esmero y sol citud dignos de un sacerdote de la ciencia, proporcionándola además, cuando su bolsillo andaba escaso, socorros difíciles de conseguir á no mediar su poderosa influencia para con varias asociaciones caritativas. La tia de Arturo, mujer hacendosa, de buena pasta y algun tanto aficionada á soltar la lengua con exceso, pasaba largas horas en compañía de sus nuevas amigas, siempre bulliciosa, inquieta y agitada, pero sirviendo á Cármen de grande ayuda para seguir en su labor ó atender al cuidado que su madre requeria. La necesidad no era menos urgente, pero se habia hecho mas tolerable. Doña Paz recobró la salud y con ella su hija dió lugar al contento, que Salvatierra mantenía vivo con su constante buen humor y sus frecuentes visitas.

No pecaba por cierto de importuno, antes su presencia era echada de menos cuando se retrasaba algun tanto, siendo desde un principio tan bien recibido y encontrándose él tan bien hallado, que pasando la costumbre á formar naturaleza, terminó por aficion irresistible á los recomendables atractivos de la interesante niña, que conociendo su pasion trató de huirle estremecida, recelando no hallar fuerzas en sí misma para sofocarla, si como ya se figuraba llegaba el caso de confesar el labio el secreto de amor encerrado dentro del pecho.

Sin embargo, no pudo ser tanta la reserva de Cármen que alcanzase á librarla de confesarse cautiva en iguales prisiones que Arturo, y temiendo estrechar demasiado los nudos de la red que los envolvía abandonados á su capricho, acudieron ambos noveles amantes á la bondadosa doña Paz en solicitud de amparo y aprobacion de su legitimo deseo.

SEGUNDA SERIE.—1867.

El caso á la verdad suele ofrecer pocas dificultades para quien nada espera y marcha por camino recto, así es que la discreta señora, previas las buenas cualidades del solicitante, dió su consentimiento y resolvió con prudencia abreviar cuanto fuese posible los devaneos y galanterías, propios y naturales, pero tambien harto aventurados, de quienes esperan recibir en breve el sagrado titulo de legítimos esposos.

Mas en cumplimiento de aquel célebre dicho de no sé qué famoso maestro en la vida práctica: *Dios es todo omnipotente y el dinero su teniente*, cuando la viuda de don Cárlos procuraba con mayor empeño salir de cuidados, encontrábase atajada por falta de recursos para comenzar, seguir y llevar á término el proyectado casamiento, con sumo desconuelo de los futuros contrayentes. Arturo sobre todo, calculando los años que trataba de ahorrar para una *capa* sin poderlo conseguir, no veía medio de allegar recursos que bastasen á proporcionarle casa y mujer, cosas entrambas de coste harto mas subido, por mediana que sea su calidad, que la mejor pelliza del mismo sultan de Constantinopla.

Cármen era la que mostrando buen semblante á la mala ventura, ni desesperaba del porvenir ni amargaba la situacion presente con fatales vaticinios, antes al contrario calmaba con persuasiva palabra los arrebatos impacientes de Salvatierra, que fascinado entonces por el acento simpático y sencillo razonar de la doncella, daba por bien empleadas cuantas penas imaginables padeciese por ella, resolviéndose á esperar hasta llamarla suya, aunque fuese tantos años como Jacob sirvió á Laban por conseguir á su querida Raquel.

Con este pensamiento cruzaba una noche al salir de casa de doña Paz por delante de una iglesia, á cuya puerta mendigaba un ciego á quien Arturo acostumbraba dar limosna. Nunca habian cambiado otras razones que las ordinarias en tales casos, pero entonces apenas el pordiosero le sintió á su lado cerró la mano y le dirigió con reserva estas razones:

—Jóven, sé quien es vd., me consta su buena conducta y deseo hacerle feliz; mas esto no podrá verificarse sin que vd. se decida á concurrir mañana donde yo le diga, pues no estamos en sitio conveniente para tratar asuntos de importancia.

—Sin duda se ha equivocado vd., hermano, le contestó Salvatierra.

—De ninguna manera: estoy muy cierto de hablar con don Arturo, escribiente de don Tadeo Garduña.

—El mismo soy; pero dudo acreditarme de necio confiándome á un desconocido.

—¿Y qué perderá vd. en otorgar esa confianza? ¿qué beneficio podria resultar á nadie de causar daño á una persona de su escasa representacion? ¿Por qué no aventurarse á perder algunos minutos cuando se le anuncia en ello la dicha de su vida?

—Me convencen las razones de vd., y sobre todo su franqueza. Acudiré, aunque solo sea por lo original del caso. ¿En qué sitio y hora deberé recoger ese talisman encantado?

—Mañana, á las nueve de la misma; calle de Calatrava, 84, segundo. Anúnciese vd. por su nombre y cuente sus penas acabadas. Adios.

Echó el mendigo por la calle abajo al terminar la última frase haciendo resonar las aceras con los golpes del cayado, y Arturo quedóse mirándolo diciéndole para sí:

—¿Estará loco este hombre? pero no tiene trazas de tal.

AÑO XXV. 2

¿Seré víctima de alguna intriga? ¡Qué locura! Bien ha dicho: nadie puede tener interés en perjudicar á un hombre tan oscuro como yo. Iré de seguro, valga por lo que quiera.

## IV.

Al día siguiente antes de la hora indicada, estaba Salvatierra colgado del cordón de la campanilla de la casa donde había de aclararse el misterio de la noche anterior. Fué introducido por un criado hasta un pequeño gabinete adornado con elegancia, donde á corto rato se presentó un caballero anciano cubierto de una bata de lana azul oscuro.

—Veo, le dijo, que ha sido vd. exacto y me felicito por ello. Siéntese vd. que muy pronto voy á sacarle de confusiones. ¿Recuerda vd. haberme visto en alguna otra parte?

—Nunca, respondió Arturo; únicamente creo haber escuchado esa voz no hace mucho, aunque dudo....

—Pues hace vd. muy mal en dudar. Yo soy el mendigo del Rosario. Razones particulares que nada le interesan me obligan á disfrazar la situación acomodada que disfruto bajo la capa mugrienta del postulante: no me juzgue vd. un avaro sórdido y pasemos á lo mas esencial. Tengo una hija de diez y ocho años, educada perfectamente y de regular hermosura, para la cual necesito un marido que, sin pararse en la condición del padre, asegure su felicidad despues de mi próximo fallecimiento. Esto no sería fácil encontrar entre las personas ricas, y los jóvenes de poca fortuna á quien pudiera recurrir carecen, por lo comun, de las buenas costumbres y educacion esmerada que deseo adornen á mi futuro yerno. Cuando ya desesperaba de hallarle segun apetecía, reanimaron mi esperanza la consecuente generosidad de vd., su aire distinguido, lo poco aventajado de su porte y la circunstancia de ser huérfano, que averigué mediante informes exactos que acabaron de satisfacerme. Por consecuencia ofrezco á vd. una mujer bella, segun juzgará dentro de poco, de virtud sin tacha, cultivado entendimiento, cuarenta mil duros en metálico y una herencia en perspectiva de doble valor; sin otra condición que no contar para nada conmigo ni en vida ni en muerte. Creo que la proposición no puede ser mas halagüeña.

—Es tan seductora, contestó Salvatierra sin tardanza, que nada debe importar á vd. la imposibilidad en que yo me veo de aceptarla, cuando tendrá de sobra quien la considere como una suerte fabulosa.

—Lo estoy oyendo y no lo creo. ¿Será posible? ¿Rehusa vd.?

—Decididamente.

—Si acaso el velo misterioso con que me veo precisado á ocultar mi existencia puede ser causa de su negativa, estoy pronto á descorrerle dando las convenientes esplicaciones.

—Sería inútil, caballero, el trabajo que vd. se tomase en dárme las cuando nada pueden influir en mi determinación los motivos de su extraña conducta. Reserve vd. aclaraciones embarazosas para quien las necesite, mientras le ruego no me pregunte sin fruto acerca de lo que juzgo escusado responder.

—Pero, joven, vd. ha descubierto el secreto de mi vida y no puede salir de aquí sin darme seguridad de su discreción.

—¿Es un ruego ó una amenaza la que vd. me dirige?

—Es una gracia, es un favor que pagaré á precio muy subido. Toma: en este bolsillo hay oro bastante; aunque ya veo que te parece poco: tienes razon, espera. Aquí en este cajón tengo billetes en abundancia para que vayas conten-

to. ¡Pero qué es eso! ¿También lo rechazas? ¡Dios mio, soy perdido!, este hombre es de diferente carne y hueso que los demás!

—Al cabo ha manifestado su ruin condición el mendigo, exclamó Arturo con desprecio; guarde vd. su infame dinero y viva seguro no le descubriré donde pueda perjudicarle, pues si bien su proceder engañoso encierra un principio criminal, en el pecado lleva la penitencia, y carezco además de autoridad y pruebas suficientes para imponerle correctivo.

—Bien, bien, hijo mio, Dios te lo pagará; decia compungido el pedigrüño.

Salvatierra abandonó la estancia sin volver el rostro, poniendo fin á tan extraño acontecimiento.

Era el suceso original en demasia, y no pudo menos el joven de referirle en casa de doña Paz, ni ésta de resistir al deseo de conocer al mendicante fingido. Pasó por el sitio donde imploraba la caridad pública, apoyada en el brazo de su hija, y al fijar su vista en el mendigo, un estremecimiento general conmovió toda su persona.

—¿Qué tiene vd., mamá? dijo Carmen asustada; ¿se pone usted mala?

—Sí, no me siento bien; volvamos á casa.

Para esto tuvieron que pasar de nuevo junto al supuesto ciego, al frente del cual se quedó inmóvil doña Paz, costando trabajo sacarla de aquella rara contemplación.

—¿Conoce vd. á ese pobre? la preguntó su hija.

—Sí, mucho; no tengo duda: es el comerciante cuya bancarrota causó la muerte de tu padre y la pérdida de todos nuestros bienes. ¡Y ahora dicen que se halla rico! Por Dios, ayúdame á separarme de aquí, porque no puedo sostenerme.

Al llegar á su habitación tuvo la señora que guardar cama, acometida de un violento delirio á que tan propensa se hallaba desde sus últimas desgracias. Escitada su fantasía por el ardor de la fiebre, llamaba en altas voces á su marido, noticiándole había parecido don Judas con las riquezas usurpadas y dispuesto á devolverlas. Otras veces hablaba de robo, apelando á la justicia del cielo si acaso en la tierra no fuera posible encontrarla.

En esto vino Arturo, y enterado del caso, resolvió poner en práctica cuantos medios hábiles estuvieran en su mano á fin de hacer triunfar el buen derecho. Para ello era necesario ante todo identificar la persona del estafador. Tomó informes en la calle de Calatrava, y nada pudo conseguir. Allí solo conocían á un hacendado de Búrgos que vivía muy retraído del mundo, en compañía de una linda joven que pasaba por hija suya.

Sin desalentarse por este mal principio, dirigióse á la puerta del Rosario, y llamando á cierto pillete que acertó á pasar inmediato, le dijo sin dar importancia al asunto:

—¿Ves aquel pobre ciego que pide limosna á la puerta de la iglesia?

—Sí, señor; nosotros le llamamos el tío Canillitas.

—Pues si te acercas á él y le dices: —Buenos días tenga usted, don Judas, te daré luego esta peseta.

—¿Y no se marchará vd.? preguntó el granuja sin quitar la vista de la moneda.

—Aquí me tienes fijo, y verás que no me muevo.

—Entonces no seré yo quien se quede sin los treinta y cuatro calés.

Y diciendo esto se le hacia largo el tiempo para correr á saludar al mendigo con las palabras convenidas.

Poco faltó para que, olvidando éste su ceguera fingida

diese tras el chicuelo que así publicaba en altas voces su nombre, que juzgaba casi olvidado; pero reponiéndose inmediatamente del terror que le causó verse descubierto, quiso atraer al muchacho por medio de la dulzura y comenzó á exclamar sobresaltado:

—¿Qué dices, hijo mío? ven acá, ven; dime, ¿dónde has oído el nombre que acabas de darme?

Mas ya era tarde: el chico escapaba por la calle abajo á gastar sus cuatro reales, y Arturo á poner en conocimiento de la autoridad las infamias de aquel malvado. Fué preso inmediatamente, y despues de una breve causa criminal, condenado á sufrir algunos años de cárcel por ésta y ocultacion de bienes. Cármen recobró la herencia paterna, y poco despues daba la mano de esposa al honrado Salvatierra.

Algunos meses habian transcurrido, cuando una tarde regresando de paseo ambos consortes, vieron venir hácia ellos una mujer mal vestida y de aire descocado, con un gran lio de ropa debajo del brazo. Iban á pasar de largo sin reparar en ella, pero atajándoles el camino les obligó á detenerse diciéndoles con aire resuelto:

—Guarden vds. la bolsa y hablen á la gente. ¡Caramba! que porque una es pobre parece que lleva la peste consigo.

—A la verdad, repuso Arturo, fijando su atencion en la interlocutora, que no es raro desconfiásemos á la poderosa Eufemia Garduña en ese traje, antes de insinuarse con sus maneras de costumbre. Pero dígame vd., ¿qué variacion es esa? ¿Y don Tadeo?

—Ha muerto lejos de aquí. Fletó por su cuenta un buque con cargamento de harinas y otras provisiones para los ejércitos aliados en Crimea. Allí estableció dos hornos de cocer pan en el campamento inglés, cosa que tenia mucha cuenta; pero comenzaron á padecer los soldados cólicos muy violentos que los médicos atribuyeron á mala calidad de la masa: fueron á reconocerla y la encontraron mezclada, segun dicen, con otras materias nocivas á la salud. Entonces, como esos extranjeros no sufren chanzas, ahorcaron á mi padre por envenenador. Al saber esto los acreedores se apoderaron de toda su hacienda, y me quedé sin mas recurso que el dia y la noche.

—Y despues, ¿qué suerte ha sido la tuya? preguntó Cármen.

—Me casé con un *partichino* del teatro de la Opera, y el malvado huyó con una figuranta del cuerpo de baile. Ahora soy costurera del vestuario por recomendacion de un ayudante del pintor escenógrafo.

—¡Qué desgracia, Eufemia! Si tus apuros pueden remediarse, no tengas duda que lo haremos con gusto.

—En varias ocasiones estuve por acudir á vuestra casa, pues ya sé las señas y que vivís en grande, pero como cuando yo era rica mediaron algunas contestaciones entre mi padre y vosotros, porque eso sí, tenia un genio que nadie le podia ver, recelé estuviéseis enojados, á pesar de que yo nunca me acuerdo de antiguas enemistades.

—Tampoco nosotros recordamos á los que nos han ofendido, como no sea para hacerlos bien, repuso Arturo; vaya vd. á vernos cuando quiera, en la confianza de que saldrá socorrida.

Al oír esto hizo Eufemia una mueca como diciendo: ¡pobre gente! hay que dejarlos por simples, y se despidió apresurada.

Salvatierra, en tanto, prohibia terminantemente á su es-

posa toda relacion íntima con aquella mujer sin principios de ningún género, y él formaba propósito de no dejarse alucinar por las tretas y engaños que sospechaba trataria de poner en juego para explotar su caridad.

DIONISIO CHAULÍ.

## HUAN - GAN - SUN,

PLENIPOTENCIARIO CHINO.

Ha sido teniente gobernador de la provincia de Canton con la casi certidumbre de suceder á Ki-in en el cargo de virey de las provincias reunidas da Kuan-tun y de Kuan-to; llegó el caso de preconizarle ministro de Estado, cuando hubiera llegado á la edad que marcan las leyes del imperio, pero de repente..... una orden del emperador que llegó inesperadamente de Pekin por medio de un correo extraordinario, privó á este mismo Huan de todas sus dignidades y todos sus honores y le redujo á simple particular. La causa en que se fundaba tanto rigor, consistia en un sufragio favorable que dió este funcionario á un candidato indigno, durante los exámenes de la provincia de Canton, de cuya presidencia disfrutaba.

Sin embargo, Huan volvió á ocupar su antiguo favor y volvió á ser ministro.

La importancia de este personaje, y la reputacion que ha gozado en su vida pública, nos escita á referir cierta anecdota perteneciente á su vida privada, y que no seria patrimonio de la prensa española, si la distancia, y el ser tanto favorable á su cualidad de hombre no nos autorizase á ello.

Antes que Huan se granjease el nombre que proclama la fama, es decir, durante los primeros albores de su lozana juventud, conoció á Tao-kang, hermosa china de prendas muy recomendables, de la cual se prendó apasionadamente; y á pesar de la reclusion en que viven las mujeres chinas, supo hallar ocasion de requerirla de amores.

La condicion, entonces oscura de Huan, armonizaba con su escasa fortuna, y Tao-kang era hija única de un mandarin avaro que poseia grandes riquezas. La jóven china correspondió de buen grado á las amorosas insinuaciones de Huan; pero le manifestó al mismo tiempo, que era preciso hablase á su padre sobre el proyecto, pues sin su autorizacion no podia prolongar la acogida de un galanteo que lastimaba su reputacion de hija sumisa á los preceptos de su padre.

Huan entonces, se presentó con ánimo resuelto al mandarin Tao-kang, y le manifestó su inclinacion honesta hácia la bella Tao-kang. Sorprendido el padre al notar el porte distinguido del enamorado mancebo, le preguntó, como era de esperar, los recursos con que contaba para el objeto, y Huan le respondió, que su fortuna era insignificante, pero que su esperanza era colosal. Tao-kang, negó la peticion á Huan, asegurándole que nunca daria su hija á quien tan pocos bienes de fortuna poseia; y el rechazado galan indignado, pero resuelto á obtener á cualquiera costa la mano de su amada, buscó los medios de adquirirse una posicion.

Se encaminó inmediatamente á la morada de un respetable filósofo, amigo de su difunto padre, y preceptor suyo en su niñez, y le dijo:

—Puesto que gozais de gran prestigio en Canton, y os consulta y venera el emperador, yo vuestro discipulo, yo el



Huan-Gan-Sun, teniente gobernador de la provincia de Canton.

amigo de Confucio, á quien casi sé de memoria, pido que me protejais. Dadme un billete para el emperador, referid-le en él mis buenas cualidades á fin de que me proteja, y me hareis el hombre mas dichoso de la tierra.

El filósofo entró con Huan en gran confianza, y supo que estaba enamorado.

Mucho puede hacer la pasion del amor. Y tomando el estilo, pintó sobre un papel ciertos caracteres simbólicos, cuya geroglífica escritura recomendaba á Huan de una manera especial al emperador.

Nuestro enamorado chino, salió de allí muy satisfecho con su mision, compró en seguida una pluma de pavo real y se presentó á su querida Tao-kang, que se hallaba á la sazón al lado de su padre.

—Ved, dijo el mandarin, mostrándole la carta, la esperanza de mi anhelada posicion. Ved, dijo á su futura, esta pluma con que adornareis el globo que he de ponerme en la cabeza. A vos os la entrego, amada señora, y espero que la guardareis hasta mi regreso de Pekin para que vos misma me condecoreis con ella. . . . .

Transcurrieron seis meses, y Huan no regresaba ni escribía, y la hermosa Tao-kang dudaba mucho de la fidelidad del viajero.

Por mas recatada que andaba la prometida doncella no faltaban ojos atrevidos que admirasen los atractivos de Tao-kang, y un fabricante de rosarios y chinelas, poderoso como quien mas, se la pidió á su padre. El padre, avaro mandarin, creyó de su deber preferir lo seguro á lo probable, y dijo á su hija que era preciso casarse con el fabricante de chinelas, por mas que su categoría de mandarin rechazara una union tan desigual, porque era inmensamente rico, y lo mismo en China que en todas partes se adora con preferencia al becerro de oro. La oposicion de Tao-kang no impidió la nueva boda, la cual se celebró al momento. La recién casada pidió el permiso de habitar un mes en la casa paterna, y el marido consintió en ello.

Quince dias despues del casamiento entró Huan muy satisfecho en la casa del mandarin; vió á su hija sentada al pié de una ventana, mientras que su padre leía á Confucio á su lado. Huan se hincó de rodillas y dijo á Toa-kang: colocad sobre mi globo la pluma de pavo real que os entregué, pues soy plenipotenciario chino.

La desposada cayó al suelo sin sentido, y el padre manifestó al recién llegado la causa de este nuevo accidente en tanto que socorrian á la jóven.

Huan entristecido y sin esperanza volvió á Pekin, y allí estuvo dos años desempeñando cargos bastante honoríficos siempre víctima de su melancólico abatimiento que destrozaba su corazón.

El marido de Tao-kang murió algun tiempo despues, en un bosque, víctima de unos bandidos que le asaltaron, y Huan entonces pudo casarse con la mujer por quien tanto habia suspirado.

U. P.

## DIOS APRIETA, PERO NO AHOGA.

CUENTO A LO TRUEBA.

### I.

En mayor área que la ocupada ahora por las casas de Mariátegui, entre el pasaje de Mateu y la carrera de San

Gerónimo y las calles de Espoz y Mina y de la Victoria, se hallaba el convento perteneciente á religiosos Mínimos de San Francisco de Paula. Como pegada al convento estaba mi casa paterna, allí ayudé muchas misas, y me atraqué de recortaduras de hostias y cogí aleluyas al entonarse el *Gloria in excelsis* de los sábados santos; y por experiencia supe diversas veces cuán á maravilla se sazónaban los galápagos y el arroz con leche de almendra en la cocina de aquella comunidad venerable, que por regla tenia obligacion de comer todo el año de viernes, y de no probar jamás lacticios; y conocí á todos sus religiosos.

Uno habia llamado fray Antonio Recas; natural era de Yepes; de corista cogió el nacional levantamiento, que tuvo principio con la jornada memorable del Dos de Mayo, é inflamado de patriotismo, se apresuró á empuñar las armas contra los franceses. No es mi ánimo referir sus hechos militares; de capitán de húsares de Valencia acabó las campañas de la heroica lucha, lo cual demuestra de plano que se distinguió por el denuedo; con la misma vocacion religiosa que antes sintióse entonces, y del campamento volvió al claustro, sin pedir ni obtener otro premio que una exencion pontificia, para que no se le removiera nunca del convento de la Victoria. Allí tenia una celda bien situada y relimpia como los chorros del oro: sus paredes estaban literalmente cubiertas de bellos dibujos de soldados de todos los cuerpos de las varias armas; obra artística suya, como tambien la iluminacion de las estampas todas: además era extremado pendolista: y por Nochebuena ponía su Nacimiento muy lindo y magníficamente aparatado. En tan honestas ocupaciones, y en criar pájaros y algun corderillo, se le veia ocupar las horas no dedicadas á ejercicios devotos, ó á cotidiano y breve paseo por las tardes, siempre con un compañero mismo. A la sencillez de costumbres juntaba gran pureza de ideas: no era docto, quizá por haber interrumpido la guerra nacional sus estudios; pero tenia buen sentido, y lo aplicaba especialmente á deplorar que anduvieran divididos los españoles en bandos, tras de acreditar con heroismo que en la union estriba la fuerza; sobre politicos asuntos nunca se extendieron á más sus reflexiones.

Aun me parece tener delante al padre Recas, enjuto de carnes, alegre de rostro, jovial de trato, de baja estatura y con viveza natural para todo. Quince escasos minutos acostumbra á tardar en la misa. Todos los domingos y dias de precepto la decia á las once en el altar de la Virgen del Carmen y á expensas de don Carlos Lorencini, el dueño del famoso café de la segunda época de la constitucion gaditana, hombre pacifico por extremo, excelente padre de familia, y venido muy á menos desde que el 23 de mayo de 1823 invadieron su establecimiento las turbas, y rompieron sillas y mesas, cristales y cacharros por odio á los liberales, á vista y presencia de los franceses aqui llegados en tal fecha, y bajo la seguridad oprobiosa de haber dicho el señor duque del Infantado que era menester dar algun pequeño desahogo á la muchedumbre. Dominado el padre Recas por su aficion á la pintura y á la tropa, y sin la intencion política mas lejana, su coleccion de láminas aumentó sucesivamente con milicianos nacionales y con voluntarios realistas.

### II.

Diez años sobrevivió Fernando VII á la restauracion de la monarquía absoluta por su agosto primo el duque de Angulema. Para las comunidades religiosas empezaron á soplar vientos contrarios desde la muerte del monarca. No

alcanzó por fortuna á los Mínimos de Madrid la [matanza horrible de que fueron víctimas el 17 de julio de 1834 los jesuitas del colegio Imperial y los franciscanos y los dominicos del colegio de Santo Tomás y los mercenarios; pero si la exclaustación general á los dos años no cabales. De nada valió ya á fray Antonio Recas la exención pontificia y favorable á su permanencia perpétua en el santuario, donde á la Virgen de la Soledad se rendía culto (imagen del escultor Becerra, hoy venerada en la Real iglesia de San Isidro y que forma uno de los pasos de la procesion de Semana Santa). Ya era viejo nuestro infeliz fraile cuando tuvo que abandonar por segunda vez aquel sacro asilo; ahora con lágrimas en los ojos ¿de qué le valia tener aún bríos para la guerra, si civil era la que entonces devoraba á la nacion española, y por nada en el mundo hubiese derramado sangre de hermanos?

Por de pronto buscó refugio en Yepes bajo el techo de unos sobrinos, á quienes habia dado siempre la posible ayuda. Donde no hay harina, todo es mohina, como dice el adagio, para dar á entender que la pobreza y miseria suelen causar disgustos y desazones en las familias. No puedo yo afirmar si con indirectas ó por lo claro, mas sé de positivo que llegó la hora en que sus deudos significaron al exclaustado la necesidad imprescindible de que buscara otro albergue, á causa de no poder con tanta carga.

A Madrid trajeron los piés al padre Recas, esperanzado en los auxilios providenciales, y resuelto á poner de por sí cuantos medios humanos estuvieran á su alcance en poblacion de tantos recursos. Hombre era de cortisimas necesidades, y si le pagara puntualmente el Estado su pension de seis reales diarios, con la agregacion de algunas misas que le encargasen buenas almas, todavía era capaz de hacer economías, para tener que dar á otros mas pobres. Entonces hasta los empleados activos sufrían enormes atrasos, y cuando más los pensionistas recibían dos ó tres mesadas anuales. Cuatro ó cinco tomó el padre Recas á grande usura, para dejar la posada de la calle de Toledo, que fué su vivienda por una semana, y trasladarse á un cuartito independiente con apariencias ó visos de celda. Sobremanera se diferenciaba de la que tuvo años y años en el convento de la Victoria, ya derribado por entonces. Húmedo y oscuro era el cuarto bajo que alquiló en la calle de la Lechuga, entre la Imperial y la del Salvador, contigua á la cárcel de Corte. Aun cuando no tuviera ya trémulo el pulso y cansadísima la vista, difícilmente lograra allí sino muy pocas horas en su distraccion favorita de pintar soldados, y eso en dias serenos y sin nubes.

Casi es ocioso manifestar que ahora hablo ya de oídas, pues no supe del paradero de aquel buen fraile, y así me fué vedada la dulce satisfaccion de remediar sus apuros de vez en cuando. Con todo, bien puedo afirmar á mis lectores que sigue verídico el cuento, por ser pura historia, sin mezcla alguna de novelesco ornato. Religioso habia sido el señor don Juan Sanchez Mayoral en su convento mismo; y allí visitóle despues de haberse ido á ordenar á Roma, porque la exclaustación le cogió de corista: hoy es capellan de los Reyes nuevos de Toledo; y poco hace que adquirí de su boca los auténticos datos, á que me limito á dar forma.

Solo vivía el pobre fray Antonio con ajuar miserable: por si mismo se preparaba el escaso alimento: cierta vecina anciana le lavaba la ropa, y atendía semanalmente á la limpieza del cuarto: un patinejo tenía el padre Recas, y así observaba la grata costumbre de criar su cordero: de enjuto habia ya venido á parar en extenuado, mas que por la vejez

por el hambre: sin embargo, su salud no era mala: de haber caído enfermo, á un lecho del santo hospital llevaríanle de fijo; pero de resultas no decayera su serenidad de ánimo ni un punto, gracias á su resignacion cristiana: generalmente no faltaba de su casa mas que unos cinco cuartos de hora al dia; tiempo que tardaba en salir por la calle Imperial á la de Toledo, para tomar por la Cava Alta hasta Puerta de Moros, y cruzar al templo de nuestra Señora de Gracia, donde siempre decia misa. Luego desandaba el camino hácia la calle de la Lechuga, y si no era por cosa urgente, en que al prójimo pudiera servir de algo, ya nadie le veía las respetables canas. Y encomendándose al Cristo de la Paciencia, y á la Virgen de la Misericordia, y al taumaturgo su patrono, y al Angel de la Guarda, y á San Cayetano como padre de la providencia, y á San José bendito para que le alcanzara poco mal y buena muerte, no repentina y sin los sacramentos de la Iglesia, y meditando sobre los misterios divinos y las miserias humanas, y comiendo para vivir y tomando el indispensable reposo, se le volaban mañanas, tardes y noches, dias, semanas, meses y años.

### III.

Poco interesarian ciertas particularidades concernientes á que el padre Recas deseaba á menudo saber de su familia, y á que de vez en cuando recibia alguna botella de vino de Yepes, ó tal cual golosina de monjas, especialmente por Nochebuena. Hácia el año de 1843 ó 1844 y poco despues de la Epifania, cierta mañana amaneció con húmeda niebla, cual suele en Madrid por la estacion rigorosa de las escarchas, aun cuando luego el sol tenga bastante fuerza para mostrar su cara de risa, y alegrar á la gente, y moverla á que salga á tomar el calor de sus rayos, mas vivificante que el de braseros, chimeneas y estufas.

Con lluvias ó nieves, ó soplara el viento del Sur ó del Norte, fray Antonio Recas media su tiempo de forma de empezar invariablemente la misa durante el invierno á las ocho en punto. Poco faltaba para tal hora la mañana de enero, á que se aludió antes, cuando nuestro exclaustado llegaba á la puerta del santuario de nuestra Señora de Gracia, donde le detuvo un sujeto de edad ya madura con estas palabras:

—Muy buenos dias. ¿Por ventura es vd. fray Antonio Recas?

—Para servir á Dios y al caballero, le respondió con tono afable.

—Pues entonces descaria que á la Virgen Santísima dedicara vd. la misa en mi nombre.

—Con muchísimo gusto, porque hoy tengo la intencion libre.

—Despues iré á ver á vd. á la sacristía.

—Como sea de su agrado; hasta luego.

Ya no estaba aquel buen religioso para despachar la misa en quince minutos, cual en sus buenos años; con todo, aun la decia bastante ligero, por aquello de *quien tuvo y retuvo* del adagio. Al devoto, en cuyo nombre la aplicaba aquel dia, bajo ningun concepto le pareciera pesada, á juzgar por su actitud inmóvil, hincado de rodillas, con los ojos fijos en el altar y las manos cruzadas sobre el pecho: si no era completo éxtasis el suyo, que en aquellos instantes tenia abstraccion total de las cosas mundanas, mal se pudiera poner en duda.

Poco despues de acabada la misa, y cuando calculó que el sacerdote ya se habria desnudado de los ornamentos y estaria para concluir de dar gracias, se dirigió el caballero

á la sacristía con despacioso paso, y al padre Recas dijo muy afectuosamente:

—Ahora descaria que tuviera vd. la bondad de venir á tomar conmigo el desayuno.

—Caballero, le respondió nuestro fraile extraordinariamente cortado; no es mi costumbre tomar nada en ninguna parte, y aun agradeciéndolo sobremanera, me ha de permitir vd. que no le admita su agasajo.

—Aun cuando sea por excepcion muy particular y llegue al extremo de sacrificio, yo le ruego encarecidamente que me haga esa honra. Aquí vivo en la Cava Baja, como á cien pasos; y me dolerá muy de corazon que no ceda vd. á mi súplica reverente.

—Me lo dice vd. de un modo que ya sería algo mas que falta de urbanidad persistir en la negativa; con que váyamos donde mejor sea de su agrado.

Al contar posteriormente nuestro exclaustro lo acontecido entonces, con su habitual candor expresaba que algun recelillo sintió de ir á casa de un desconocido por tan extraño modo, sin embargo de ser para tranquilizar á cualquiera su traza de persona decente, así por los modales como por el vestido y la produccion llana y grave. De la iglesia á la casa tan sólo hablaron del tiempo, que es la conversacion más socorrida entre interlocutores que se ven por la vez primera, sin tener pendiente ningun asunto.

Por un portal bastante ancho y tres tramos de buena escalera, ambos subieron á un cuarto principal espacioso y perfectamente amueblado. Ya que estuvieron dentro de un gabinete, en cuya chimenea gruesos troncos de encina hacían consoladora llama, por el caballero fué invitado el sacerdote á manifestar de qué prefería que se compusiera el desayuno. No quiso más que chocolate: lo sirvieron poco despues con tostadas de manteca y bizcochos, agua y azucarillos; y apuradas las jicaras y tras de fumar un cigarro, se levantó el caballero, y abriendo una gabeta, y echando mano á lugar fijo, y sacando de allí un envoltorio, se lo alargó á fray Antonio Recas al son de esta conceptuosa frase:

—Aquí tiene vd. la limosna de la misa.

De maravillado, por de pronto el pobre fraile quedó sin habla, pues del envoltorio vino á resultar un paquete de billetes de banco. Ya que pudo articular palabras, no le ocurrieron mas que las siguientes:

—No puedo recibir tanta cantidad en conciencia..... Por Dios le ruego que me exima de aceptar esa suma..... ¿Qué he de hacer de tanto dinero?.... Le quedo muy reconocido..... Todo lo mas que pudiera admitir de su generoso porte no pasaria en ningun caso de la moneda mayor que circula en España; y eso, por no dar á mi repulsa el menor asomo de significativo desaire.

—Buen padre, le replicó apaciblemente el caballero: usted no tiene mas arbitrio que tomar sin escrúpulos esa limosna. Ya me hago cargo de que se le figurará como despilfarro de hombre no cuerdo, y la verdad es que estoy en mi cabalisimo juicio. Luego que oiga una relacion breve se convencerá de que procedo como varon sesudo y fiel cristiano..... De España salí ya hace largo tiempo: cabellos rubios eran, por entonces las que ahora nuestro canas. Varios países de América anduve años y años, con la mira puesta en hacer fortuna; y al fin logréla por medios honrosos. Aunque para mí todos eran halagos, donde tuve suerte propicia, siempre me estimulaba el deseo de volver á mi patria; y determinéme á emprender el viaje á principios del pasado otoño. Mis padres murieron ya hace tiempo: no tengo pa-

rientes cercanos, y á los remotos he socorrido sin tasa: capital he allegado pingüe; y propósito formé de venirme á establecer á la corte española, y aun de tomar estado, si Dios me depara una buena compañera, pues me ha concedido recursos de sobra para labrar la felicidad de una familia; todo con el aditamento de erigir en mi lugar nativo un hospital para la indigencia y una escuela para la infancia. Acariciando estas ideas en la mente, apenas me fijaba en si la navegacion era larga ó corta: de ellas me distrajo por desventura una borrasca horrible, como la mas tremenda, cuya descripcion haya vd. podido leer en verso ó prosa. A punto estuvimos de naufragio, y cuando ya solo en la misericordia del cielo poníamos las esperanzas, de lo íntimo de mi corazon brotó á los labios el solemne voto de ofrecer á la Virgen una misa rezada con la limosna de dos mil duros para el sacerdote más pobre, de quien tuviera noticia, luego que á Madrid llegara sano y salvo. Sin propósito deliberado me vine á vivir á la Cava Baja: al templo de Nuestra Señora de Gracia me guió el tañido de una campana: en la sacristía pregunté por el sacerdote mas pobre de quien tuvieran conocimiento seguro, y sin vacilaciones designaron á fray Antonio Recas, añadiéndome la particularidad interesante de que á las ocho en punto decía la misa de cotidiano. Despues de estas sencillas revelaciones, buen padre, ya puede vd. aceptar legítimamente esos dos mil duros, sin escrúpulo de conciencia y sin la sospecha más lejana de que se los dé un loco en frenético arranque ó rapto del mayor desvario.

Enterneado oyó la relacion el Padre Recas: ya concluida, no lo permitieron hablar los sollozos: luego pudo al fin bendecir á Dios y á las buenas almas, y agradecer con patética efusion la esplendidez cristiana del caballero, á quien deseó largos y felices años de vida y despues la celeste gloria, en las últimas palabras que le dijo lloroso á la despedida, y mientras el caballero le besaba la mano en el sentido recto, y no ceremonioso ó figurado de la frase.

#### IV.

Mas aprisa que de costumbre se volvió nuestro exclaustro á su humilde vivienda: aquella mañana fueron más largas sus oraciones: con buen apetito hizo la comida, no sin añadir un pequeño extraordinario: luego que hubo descabezado el sueño en siesta brevísima y sentado sobre antigua silla poltrona, se salió de casa, para dedicar toda la tarde al consuelo de aficciones y al remedio de necesidades de familias menesterosas. Antes de anocheecer entraba de vuelta en su morada: bien le habian salido las cosas á todas luces: con plegarias y ejercicios de caridad se habia mostrado muy reconocido á la clemencia divina; y algo le desasogaba el corazon á pesar de todo. Necesidad apremiante sentía de comunicar sin tardanza su gran regocijo á personas de su mayor afecto; y cediendo al espontáneo y eficazísimo impulso, de pronto sentóse junto á una mesita, donde habia tintero, papel y pluma, y se puso á escribir una carta, que decía así al pié de la letra.

«Mis amados sobrinos: Ya estoy muy viejo, y no me puedo manejar solo; preciso es que os decidais á hacerme compañía. Por la escasez de recursos, no me pudisteis ofrecer más que breve hospedaje al tiempo de mi salida del convento; ahora os puedo brindar yo hasta holgura. Se me cansan la vista y la mano, y no os lo puedo explicar por escrito; venid de seguida y lo sabreis todo. ¡Gracias á la divina Providencia ya salí de trabajos! Dios aprieta, pe-

ro no ahoga. Con los brazos abiertos os espera impaciente vuestro siempre afectuoso tío—Fray Antonio.»

A los cuatro días ya estaban los sobrinos del Padre Recas en la corte: cualquiera se puede figurar el alegrón muto y las escenas subsiguientes de familia, hasta que se trató de dar oportuno empleo á los cuarenta mil reales. Con ellos pusieron los sobrinos un almacén de muebles en la calle de las Huertas; y allí vivió cuatro años más tranquilo y sin ahogos el venerable exclaustro del convento de Mínimos de la Victoria. De una de las frases de su carta me ha parecido bien sacar el epígrafe del cuento, bajo protesta de ser verdadero en todas sus partes. De la manera más nimia y escrupulosa me he atendido á los datos, sin inventar cosa alguna para exornación del texto histórico del asunto. Ni aun he inventado la circunstancia verosímil de la boda del caballero, vecino de la Cava Baja, é instrumento providencial de la mudanza de fortuna de un pobre fraile; porque no me consta si tomó realmente estado en Madrid ó en su país nativo, cuando fué allí á fundar el hospital y la escuela, ó si quedó solterón de por vida.

Para completo remate, ahora dedicaría el cuento á mi tocayo Trueba, si tuviera seguridad de que había de ser de su agrado; en el caso afirmativo, por hecha tenga la dedicatoria, y en el contrario, no le queda sino deplorar que me haya ocurrido ofrecerle tan insignificante obsequio.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

### MONOMANIA DE UNA JOVEN.

La monomanía es la enfermedad que presenta puntos de meditación mas vastos y mas profundos, pues su estudio abraza el de la inteligencia humana, el de las pasiones y el de la civilización.

Quien desee profundizar el estudio de la monomanía no debe ignorar los conocimientos relativos á los progresos y á la marcha del espíritu humano, porque dicha enfermedad tiene con frecuencia puntos directos de contacto con el desarrollo de las facultades intelectuales. No hay descubrimiento alguno en las ciencias, ni invento en las artes, ni innovación importante que no haya dado origen á monomanías, ó por lo menos que no le haya prestado su carácter. Otro tanto sucede con las ideas dominantes, con esos errores universales que imprimen un carácter propio á cada época ó edad del mundo. La monomanía, es en efecto, la enfermedad del hombre moral, pues, depende de sus afecciones; y así para conocerla á fondo es preciso un detenido estudio de las pasiones, porque su asiento está en el corazón humano, en cuyo interior hemos de ir á escudriñar sus variadísimos matices. ¡Cuántas monomanías han causado un amor contrariado, el miedo, la vanidad, el amor propio, y la ambición, no satisfechos! Esta enfermedad que nos ocupa presenta todos los signos que caracterizan á las pasiones, y así se verá que su delirio es exclusivo y permanente, lo mismo que se observa en las ideas del hombre apasionado. Para que resalte todavía mas su semejanza con las pasiones, se nota que unas veces acompañan á la monomanía la exaltación, la audacia y el arrebato, y otras se presenta concentrada, triste, silenciosa, tímida, y tranquila; pero siempre exclusiva como aquellos.

El grabado que acompaña á este artículo, representa la imagen de una joven monomaniaca por el dibujo, joven que hemos encontrado muchas veces en el campo, paseán-

dose con su criado por los parajes mas solitarios y en la actitud artística que la vemos ahora, y en cuya actitud se ha retratado, y en cuya actitud la hemos visto figurar entre una infinidad de retratos en el estudio de uno de nuestros primeros artistas, y cuyo traslado nos ha servido de muestra para producirla de la manera que lo hemos practicado.

Tiempo hace que se dijo que la locura es la enfermedad de la civilización; pero con mas exactitud se hubiera hablado á decirlo tan solo de la monomanía; porque esta enfermedad es tanto mas frecuente cuanto mas adelanta la civilización, en cuyos diferentes grados se ven los caracteres que toma y las causas que la producen. Así la veremos supersticiosa y erótica en las primeras épocas de las sociedades, como se observa aun en aquellos países en que todavía está en su cuna la civilización. No se nos citará época histórica alguna que no haya sido notable por algunas monomanías que dependan de ella; tales son, por ejemplo, las grandes revoluciones y las temibles catástrofes políticas que exaltan la imaginación en términos de que separándose de su centro escitan nuevas pretensiones, y despiertan rencorosas pasiones, etc., etc.

El estudio profundo de estas enfermedades se enlaza con el conocimiento de los usos y costumbres de cada pueblo. Los gimnosofistas se mataban por desprecio á la muerte, los estoicos por orgullo y los japoneses se matan por virtud. La monomanía era supersticiosa entre los judíos, como aun hoy día lo es en algunas provincias de España, y en ciertos países de Europa notables por la exaltación de las ideas religiosas. Era erótica en Grecia, carácter que todavía tiene en Italia. Los escitas, á fuerza de estar continuamente á caballo, se volvían impotentes creyendo transformarse en mujeres. En unos pueblos se teme al diablo negro y en otros al blanco. Los monomaniacos se creen en unos puntos ensortijados y en otros temen á los brujos y magos, y á orillas del mar á los naufragos y á las tempestades.

Por fin, el estudio de la monomanía ilustrada por las investigaciones anatómicas, podrá difundir algun día suma claridad sobre las funciones del cerebro, y sobre la influencia de este órgano de la manifestación de las facultades intelectuales y morales, y así es, que bajo este punto de vista, tiene la monomanía muchísimas relaciones con la anatomía patológica y con la fisiología.

Tales son las consideraciones generales á que dan lugar todas las monomanías, todos los delirios parciales, permanentes y sin calentura; pero esta enfermedad se presenta bajo dos formas opuestas. Los antiguos creían que el carácter de la melancolía estrivaba en la tristeza y el miedo, se vieron obligados á contar entre las melancolías algunos delirios parciales complicados ó sostenidos por algunas pasiones vivas ó alegres.

La monomanía caracterizada por una pasión alegre ó triste, escitante ó opresiva, y que da origen á un delirio fijo y permanente, á deseos y á determinaciones relativas á la afección moral, se divide naturalmente en monomanía propiamente dicha, cuyo signo distintivo es un delirio parcial y una pasión escitante ó alegre; y en monomanía caracterizada por un delirio parcial y una pasión triste y opresiva. La primera corresponde á la melancolía maniaca, al furor maniaco, á la melancolía complicada con manía, en fin, á la *amenomanía* de Rush.

Espuestas, aunque ligeramente las consideraciones generales que presenta el estudio de la melancolía ó la monomanía, encontraríamos usados diversos medicamentos